

jos de Dios los que obran por su propio espíritu, sino todos aquellos que obran por el Espíritu de Dios. Y esto no porque ellos no obren, sino porque, no haciendo nada bueno de suyo, son movidos por el buen Espíritu para que lo hagan, pues tanto más se hace cada uno hijo bueno cuanto con más abundancia se le da por el Padre el Espíritu bueno (*in Ps 118*,s. 27,4).

... Para evitar el pecado y superar las tentaciones

60. No faltan quienes presumen tanto de las fuerzas del libre albedrío de la voluntad humana, que niegan la necesidad de la ayuda divina para evitar el pecado después que se ha dotado a nuestra naturaleza del arbitrio libre del querer. De donde resulta esta consecuencia: no debemos orar para que no entremos en tentación, esto es, para que no nos venza la tentación, ya cuando nos engaña y nos coge desprevenidos, ya cuando nos asalta y asedia nuestra flaqueza. No hay palabras para ponderar cuán dañosa es esta doctrina y cuán perjudicial y contraria a nuestra salvación, que está en Cristo, y cuánto se opone a la misma religión en que estamos instruidos, y a la piedad con que veneramos a Dios, el no pedir al Señor los beneficios que hemos de recibir de Él (*de peccat mer et rem II,2,2*).

61. La oración dominical nos exhorta a pedir ambas cosas, a saber, que se nos perdonen las deudas contraídas y no nos deje caer en la tentación; lo primero atañe al perdón de las culpas pasadas; lo segunda mira a evitarlas en el futuro. Y aunque esto no se logre sin el concurso de la voluntad, con todo, no basta ella para conseguirlo. He aquí por qué nuestra oración dirigida a Dios no es superflua ni irreverente (*De natura et gratia* 18,20).

62. Precisamente pedimos que no nos deje caer en la tentación para que eso no suceda, y si somos oídos, ciertamente no sucede, porque Dios no permite que suceda, ya que nada se hace sino lo que Él hace o permite que se haga. Poderoso es Dios para doblegar las voluntades del mal al bien y a las inclinadas al mal convertirlas y dirigir las por caminos de su agrado, por lo que no en balde se dice: *¡Oh Dios!, convirtiéndonos Tú nos vivificarás* (Ps 84,7); tampoco se le dice inútilmente: *No permitas que vacilen nuestros pies* (Ps 65,9); ni aquello de *No me entregues a mi pecador deseo* (Ps 139,9), y, finalmente, para no cansarnos...: *No nos dejes caer en la tentación* (Mt 6,13). Pues a quien no se le deja caer en la tentación, sin duda no se le deja caer en la tentación de su mala voluntad, y si no se le deja caer en ésta, en ninguna se le deja caer (*de dono pers* 6,12).

63. No hay que dudar que podía darnos esto sin pedírselo, pero quiso que nuestra misma oración nos revelara a quien debíamos estos beneficios. ¿De quién sino de aquél a quien se nos mandó que se lo pidamos? (*de dono pers* 7,15).

64. Dios no es cruel; por el contrario, se nos encomienda, lo cual nos conviene para que, desfallecidos, le roguemos y al socorrernos le amemos (*in Ps* 106,9).

65. Por lo tanto, cuando empieces a sentir cansancio en tu lucha contra los deseos de la carne, camina en el espíritu, invoca al Espíritu, busca el don de Dios. Y si la ley residente en los miembros se opone a la ley de tu mente desde la parte inferior, es decir, desde la carne, teniéndote cautivo bajo la ley del pecado, también esto será enmendado y se contará entre los haberes del vencedor. Tú grita solamente, tú invoca. *Conviene orar siempre y no desfallecer* (Lc 18,1). Invoca sí, invoca ayuda. *Aún estarás tú hablando –dice–, y yo ya estaré presente* (Is 58,9). Recapacita a continuación y escucha a quien dice a tu alma: *Yo soy tu salvación* (Ps 34,3). Por lo tanto, cuando la ley de la carne comience a oponerse a la ley de tu mente y a llevarte cautivo en la ley del pecado que reside en tus miembros, pronuncia esta oración y confesión: *Desdichado de mí. ¿Qué otra cosa es el hombre? ¿Qué es el hombre, si no te*

acuerdas de Él? (Ps 8,5). Di: Desdichado de mí, pues si no hubiese venido el Hijo del hombre, hubiese perecido el hombre. En tus apuros exclama: ¿Quién me librára del cuerpo de esta muerte? En Él la ley residente en mis miembros se opone a la ley de mi mente. Me complazco en la ley de Dios según el hombre interior. ¿Quién me librára del cuerpo de esta muerte? Si dices esto con fe y humildad, con toda certeza y verdad se te responderá: La gracia de Dios por Jesucristo nuestro Señor (Rom 7,22-25) (serm 163,12,12).

66. Si ora el hombre para arrojar un demonio ajeno, ¡cuánto más ha de orar para expulsar su propia avaricia! ¡Cuánto más para expulsar su violencia! ¡Cuánto más para expulsar su lujuria y su impureza! ¡Cuántas cosas hay en un hombre que, de perseverar en él, le cerrarán la puerta del reino de los cielos (serm 80,3).

67. Los mismos justos tienen necesidad de la oración, porque, aunque su alma esté sometida a Dios, la razón no impera perfectamente a los vicios en esta vida mortal y en este cuerpo corruptible que infecta el alma. Aunque mande, nunca lo hace sin combate y sin resistencia por parte de las pasiones. Y siempre es verdad que aún al más fuerte luchador y dominador de tales enemigos en este valle de flaqueza se le entromete algo que, si no le hace pecar con fácil obra, sí lo hace con

hábil locución o con pensamiento inconstante. Por eso, mientras se impera a las pasiones, no hay paz perfecta, porque las que resisten se debaten en peligrosa pelea, y las vencidas aún no tienen asegurada la victoria, sino que requieren todavía una vigilante opresión (*de civ Dei* XIX, 27).

En la oración se verifica la conversión del alma

68. Pero puede preguntarse de nuevo, ya sea que se ore con palabras, ya con sentimientos y afectos: ¿qué necesidad hay de la misma oración, si Dios sabe ya antes lo que necesitamos? Responderemos que la razón es porque la misma intención de la oración serena y purifica nuestro corazón y le hace más apto para recibir los dones divinos, que se nos infunden espiritualmente. En efecto, no ambiciona Dios súplicas para oírnos. Él está siempre pronto para darnos su luz, la cual no es visible, sino inteligible y espiritual, pero nosotros no estamos siempre dispuestos a recibirla porque nos inclinamos a otros objetos y somos entenebrecidos por la codicia de los bienes temporales. En consecuencia, en la oración se verifica la conversión de nuestro corazón a Dios, que está siempre dispuesto a darnos, si nosotros somos capaces de recibir sus dones; y en la misma conversión se purifica la vista interior al excluir aquellas cosas temporales que se apetecen para

que el ojo del corazón sencillo pueda percibir la luz pura, que resplandece divinamente sin ocaso ni mutación alguna; y no solamente puede percibirla, sino permanecer en ella no sólo sin molestia alguna, sino también con inefable gozo, el cual constituye verdadera y sinceramente la plenitud de la vida bienaventurada (*de serm Dom in monte* II,4,14).

69. Es una exigencia de la criatura racional sometida a Dios recurrir a la eterna verdad, aun en las cosas temporales, sea para pedir a Dios aquello de lo que tiene necesidad, sea para consultarle lo que debe hacer. Estas plegarias son el resultado de un piadoso afecto del alma que se dirige a Dios, no para enseñarle lo que ya sabe, sino para fortalecerse ella misma. Testimonia así la criatura racional que no es ella para sí misma el bien que pueda hacerla feliz, pues sólo puede serlo poseyendo aquel Bien inmutable, fuente de toda sabiduría (*ep* 140,29,69).

IV. EL ESPIRITU SANTO ORA Y GIME EN NOSOTROS

La verdadera oración del cristiano, por la que implora de Dios su ayuda y su gracia, es como el gemido del necesitado que brota del alma y resuena delante del Altísimo. El gemido, un sentimiento mezclado de tristeza y de gozo, de dolor y de esperanza (*in Ps 101,2*), es inseparable de la oración agustiniana. Algo que pertenece a su esencia y se vincula a nuestra condición de peregrinos en un mundo despiadado lleno de males. Por eso, «en estas tinieblas de la vida presente, en las que peregrinamos lejos del Señor, mientras caminamos por la fe y no por la visión, debe el alma cristiana considerarse desolada, para que no cese de orar» (*ep 130,2,5*). La lejanía y el deseo de la Patria que hace gemir al creyente, sostenido mientras peregrina por la promesa de un mundo mejor y el descanso de la paz eterna. Hasta entonces ora y suplica esperanzado porque, desde la fe y de acuerdo con el Apóstol, sabe que su plegaria es el gemido del Espíritu, principio de nuestra renovación espiritual, que nos enseña a orar como conviene.

La oración cristiana tiene, efectivamente, al Espíritu como fuente originaria, hasta el punto de que, si con su presencia vivificadora nos capacita para dirigirnos al Padre como hijos de adopción, en la plegaria hará suya la voz del orante. En nuestros gemidos de súplica y oración, el Espíritu aboga por nosotros, ayuda nuestra debilidad, habla en nuestras voces y nos hace suspirar por la quietud de la Patria. De donde resulta que la oración misma, el pedir, buscar y llamar a la puerta, es efecto de la gracia y condescendencia de Dios.

Oración y gemido

70. El gozo se da en el canto; el gemido, en la oración. Gime por las cosas presentes, canta por las futuras; ora sobre lo actual, canta sobre lo que esperas (*in Ps 29, s.2,16*).

71. Gimamos ahora, roguemos ahora. El gemido es propio de los infelices; la oración, de los indigentes. Pasará la oración, seguirá la alabanza; pasará el llanto, vendrá el gozo. Mas entre tanto, mientras gemimos entre estos males, no cese nuestra oración a Dios pidiéndole la única cosa que deseamos (*in Ps 26,s.2,14*).

72. Muchos gimen, y también yo gimo, y gimo porque el gemido de muchos no es bueno...

Hay que saber gemir en verdad. Por eso gime el que se halla cerca de la Cabeza (Cristo), el que rectamente está unido al Cuerpo (la Iglesia). Sin embargo, los carnales no gimen por esto, haciéndose dignos de lástima porque no gimen por esto... Yo quiero corregirlos, quiero enmendarlos, quiero hacerles bien; y, cuando no lo logro, brama mi corazón gimiendo, y al gemir estamos unidos a ellos (*in Ps 101, 2.1,6*).

73. Preguntemos al apóstol San Pablo de qué modo vino a parar el hombre en la cautividad, puesto que él gime principalmente en esta cautividad, suspirando por la eterna Jerusalén; y nos enseñó a gemir a nosotros en el Espíritu Santo, del que estaba lleno, y le hacía gemir, pues dice esto: *Toda la creación está gimiente y dolorida hasta ahora* (Rom 8,22)... Gemía él, y con él todos los fieles gimen, esperando la adopción, la redención del cuerpo. ¿En donde gimen? En esta mortadlidad. ¿Qué redención esperan? La de su cuerpo, que ya precedió en el Señor, pues resucitó de entre los muertos y subió al cielo. Hasta conseguir esto, forzoso es que gimamos los fieles, sostenidos por la esperanza... Ved por qué y cómo gemimos. ¿Cómo? Mirad: lo que esperamos, ciertamente lo aguardamos, pero aún no lo tenemos; como deseamos lo que aún no tenemos, hasta que lo tengamos suspiramos en el tiempo (*in Ps 125,2*).

El Espíritu interpela por nosotros

74. Puesto que con recto y sano juicio preferimos nuestro porvenir a lo pasado y puesto que la oración nos es más necesaria por lo que seremos que por lo que hemos sido, de ahí que nos sea más molesto no saber lo que pedimos que ignorar nuestro origen... Es, en efecto, el Apóstol de los gentiles quien dijo: *No sabemos orar según conviene.* Y lo enseñó no sólo con la palabra, sino también con el ejemplo; pues rogaba al Señor, sin saber que su petición era contraria a la utilidad y a la perfección de su salvación, que apartase de él el estímulo de la carne, que le fue dado para que no se enorgulleciera por la grandeza de sus revelaciones. Y como el Señor le amaba, no le concedió lo que ignorantemente le suplicaba. Mas después de decir: *No sabemos orar según conviene,* añadió en seguida: *El mismo Espíritu aboga por nosotros con gemidos inenarrables, y el que escudriña los corazones conoce cuál es el deseo del Espíritu, porque intercede por los santos según Dios (Rom 8,26-27).* Es decir, que inspira a los santos el acento y los deseos de la oración. Es el mismo Espíritu que *Dios envió a nuestros corazones el que clama: ¡Abba, Padre!* (Gal 4,6), y en el cual clamamos nosotros: *¡Abba, Padre!* (Rom 8,15). Con ambas expresiones... el Apóstol quiso hacernos comprender en qué sentido clama el Espíritu en nosotros, es decir, que es

Él el que nos hace clamar (*de anima et eius orig* IV,9,13).

75. Certísimo indicio de indigencia sería interpelar con gemidos, y no hemos de creer que el Espíritu Santo sea indigente de ninguna cosa. Dice que interpela porque nos hace interpelar, porque nos inspira el afecto de gemir e interpelar, según se ve en aquel pasaje del Evangelio: *No sois vosotros los que habláis, sino que el Espíritu de vuestro Padre en vosotros* (Mt 10,20). No se logra eso de nosotros como si nosotros nada hiciésemos. Luego la ayuda del Espíritu Santo se expresa de modo que se dice de Él lo que nos hace hacer a nosotros (*ep* 194,4,16).

76. El que, según estas palabras, *interpela con gemidos inenarrables*, no es nuestro espíritu, sino el Espíritu Santo, que ayuda nuestra debilidad...; clama, porque hace que clamemos...; habla en nosotros (*ep* 194,4,17).

77. No hemos de entender esas palabras como si el Espíritu de Dios, que en la Trinidad de Dios es inmutable y un solo Dios con el Padre y con el Hijo, interpelase a Dios como alguien distinto de Dios. Se dice que *interpela por los santos* porque impulsa a los santos a interpelar... con gemidos inenarrables, inspirándoles el deseo de esa tan grande realidad, que todavía nos es

desconocida y que esperamos con paciencia (*ep* 130,15,28).

78. El Espíritu Santo no gime, pues, en sí mismo...; gime en nosotros, porque nos hace gemir. No es pequeña cosa que el Espíritu Santo nos enseñe a gemir. Nos insinúa que somos peregrinos y nos enseña a suspirar por la Patria, y en este deseo gemimos (*in Ioan* 6,2).

79. Este es aquel Espíritu en el que clamamos: *¡Abba, Padre!*, y, por lo mismo, Él nos hace pedir a quien deseamos recibir, Él nos hace buscar al que deseamos encontrar, Él nos hace llamar al que nos proponemos llegar (*in Ps* 118, s.14,2).

80. Con lo que se nos da a entender que es don de Dios, a fin de que con corazón sincero y animados por su Espíritu oremos a Dios nuestro Señor. Veán, pues, como se engañan los que piensan que pedir, buscar y llamar a la puerta son efectos de nuestra voluntad y no de la gracia de Dios, y que estos primeros movimientos por los que recibimos lo que pedimos, encontramos lo que buscamos y se abre al que llama preceden a la gracia, y no quieren comprender que pedir, buscar y llamar a la puerta, en una palabra, orar, es dádiva gratuita del Señor (*de dono pers* 23,64).

81. La misma oración, pues, se cuenta entre los dones de la gracia (*ep* 194,4,16).

82. Es palabra del Espíritu de Dios, porque si Él no la hubiera inspirado no la pronunciaríamos nosotros; no es palabra suya, porque Él no es indigente ni sufre... También el gemir es un don del Espíritu (*in Ps* 26, s.2,1).

V. CRISTO, NUESTRA CABEZA, MEDIADOR DE LA ORACION

La vida eterna, la posesión beatífica de Dios, objeto de nuestras oraciones, se consigue únicamente por Cristo, el Verbo encarnado que es camino, verdad y vida para el hombre. Nadie puede llegar al Padre si no es a través de Él. Con su encarnación, muerte y resurrección, Cristo no sólo nos redime del pecado y recompone interiormente, sino que nos incorpora también a sí mismo, nos vivifica y hace partícipes de su propio Espíritu, posibilitándonos así un trato familiar con el Padre. Él mismo se hizo «locutorio de los hombres», mediador e intercesor de la oración de los creyentes. Oramos en Él, con Él y por Él (*in Ps 85,1*). Para eso se hace revelación de Dios y realidad viviente dentro del alma, que se posesiona, en compenetración con la vida de Cristo, de sus sentimientos, medita en sus palabras y se esfuerza en comprender su verdad. El alma contempla en la oración a Cristo, modelo de nuestra conversación con el Padre.

La plegaria en cristiano resulta incomprensible

al margen del misterio de nuestra incorporación a Cristo. En virtud de la estrechísima unión existente entre el Redentor y nosotros hasta conformar un solo organismo sobrenatural de vida, Cabeza y miembros, la oración del hombre es presentada al Padre por Cristo como suya. Para San Agustín, la doctrina del Cuerpo místico ilumina claramente el tema de la oración. Las reiteraciones a este respecto, bajo distintos enunciados, son constantes en sus obras: Cristo-Cabeza y los miembros completan el «Cristo total», Cristo y la Iglesia se expresan «en una sola voz», Cristo habla «desde nosotros». La oración del cristiano es la voz de Cristo que acompaña a lo largo de la historia el clamor y gemido de los hombres.

Es éste un punto fundamental para percibir el carácter específico de la oración cristiana. El creyente sabe que sus plegarias se dirigen al Padre en nombre de Cristo, que intercede y ora por nosotros, y con el cual conformamos una unidad mística, un todo único, «un solo hombre perfecto». Nuestra voz es su voz y todos, en la Iglesia, somos solidarios de las oraciones de todos.

«Cuanto pidiereis en mi nombre»

83. Las palabras del Señor que ahora vamos a explicar son éstas: *En verdad, en verdad os digo que, si alguna cosa pidiereis al Padre en mi nom-*

bre, os la dará» (Ioan 16,23)... Quien no piensa de Cristo lo que debe pensarse del Hijo único de Dios, no pide en su nombre aunque con la lengua pronuncie las sílabas del nombre de Cristo, porque pide en el nombre de Aquél en quien piensa cuando pide. Aquél, en cambio, que piensa de Él lo que debe pensarse, pide en su nombre y obtiene lo que pide, si no pide cosas contrarias a la salvación; pero las recibe cuando debe recibirlas. Muchas cosas no son negadas, sino aplazadas su concesión para el tiempo oportuno (*in Ioan 102,1*).

84. ¿Y cómo se llama el que hizo tan grande promesa? Cristo Jesús. Cristo significa Rey; Jesús significa salvador. No nos salva un rey cualquiera, sino el Rey Salvador. Y, por ende, cuando pedimos algo inútil o contrario a la salvación no lo pedimos en nombre del Salvador. Él es, no obstante, Salvador cuando hace lo que pedimos como cuando deja de hacerlo, porque cuando ve que se pide algo contrario a la salvación, cumple mejor con el oficio de Salvador no concediéndolo. Pues bien conoce el médico lo que el enfermo pide a favor o en contra de su salud, y así deja de atender a la voluntad del que pide cosas nocivas, para atender a su salud. Y así, cuando queremos que nos conceda lo que pedimos, no lo pidamos de cualquier manera; pidámoslo en su nombre, en nombre del Salvador.

No pidamos nada contra nuestra salvación, porque, si lo concede, no obra como Salvador, que éste es su nombre para sus fieles. El que para los fieles se dignó ser el Salvador, es también el que condena al pecador. Concederá a los que creen en Él cuanto le pidan por ese nombre, que salva a los que en Él tienen puesta su fe, porque entonces obra como Salvador. Pero, si un creyente pide, por ignorancia, algo en contra de su salvación, no lo pide en nombre del Salvador, que dejaría de ser su Salvador si le concediere lo que le impide salvarse. Es mejor que entonces haga lo que su nombre significa, dejando de hacer aquello que se solicita. Por este motivo, no sólo como Salvador, sino también como Maestro bueno, y obligándose a hacer cuanto le pidiéremos en la misma oración que Él nos enseñó, nos señaló las cosas que le debemos pedir, a fin de que entendamos que no pedimos en nombre del Maestro cuando pedimos traspasando las normas de su magisterio (*in Ioan 73,3*).

85. Puesto que no es justa la oración a no ser que se haga por medio de Jesucristo..., la oración que no se hace a través de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma es pecado (*in Ps 108,9*).

86. Él es el camino por donde vamos y en el cual nos colocó para que vayamos. En todas las

cosas nos previene con su misericordia. *Y vuestro fruto permanezca, para que el Padre os conceda cuanto pidieres en mi nombre (Ioan 15,16)*. Permanezca la caridad, que éste es el fruto nuestro. Este amor está ahora en el deseo, pero no está en su plenitud. Pero, por este deseo, cuanto pidiéramos en nombre del Hijo unigénito nos lo concederá el Padre. Y no pensemos que pedimos en nombre del Salvador aquello cuya recepción no conviene a nuestra salvación. Sólo se pide en nombre del Salvador lo que conduce a la salvación (*in Ioan 86,3*).

Cristo ruega en y por nosotros al Padre

87. Del mismo Señor está escrito que pernoctaba en oración y que oró prolíjamente. ¿No era darnos ejemplo, orando con oportunidad en el tiempo, aunque con el Padre oye en la eternidad? (*ep 130,10,19*).

88. Oyes orar al Maestro; aprende a orar. Oró para enseñarnos a orar, padeció para enseñarnos a padecer, resucitó para enseñarnos a esperar en la resurrección (*in Ps 56,5*).

89. Cristo el Señor, que nos oye juntamente con el Padre, se dignó orar por nosotros al Padre. ¿Hay cosa más segura que nuestra felicidad, si

ora por nosotros quien concede lo que pide? Cristo es, en efecto, hombre y Dios; ora en cuanto hombre, y en cuanto Dios otorga lo que pide. Habéis de tener claro que atribuye todo al Padre, porque no es el Padre quien procede de Él, sino Él del Padre. Todo lo asigna a la fuente de que deriva. Pero también Él es fuente nacida del Padre; Él es la fuente de la vida. Así, pues, el Padre fuente engendró una fuente. La fuente engendró otra fuente, pero la fuente que engendró y la engendradora son una única fuente; del mismo modo que son un único Dios el Dios que engendra y el engendrado (*serm* 217,1).

90. Ningún otro don mayor hubiera podido hacer Dios a los hombres que darles como Cabeza a su Verbo, por quien hizo todas las cosas, y adaptarlos a Él como miembros, de modo que fuese Hijo de Dios e Hijo del hombre; un Dios con el Padre y un solo hombre con los hombres. Por tanto cuando hablamos a Dios con nuestra oración, no separemos de allí al Hijo; y cuando ora el Cuerpo del Hijo, no separe de sí a su Cabeza; y sea el mismo Salvador único de su Cuerpo, Jesucristo, nuestro Señor, Hijo de Dios, el que ore por nosotros, y ore en nosotros, y sea rogado por nosotros. Ruega por nosotros como Sacerdote nuestro, ruega en nosotros como Cabeza nuestra, es rogado por nosotros como nuestro Dios. Reconozcamos, pues, en Él nuestras voces, y sus

voces en nosotros... Se le pide en forma de Dios, y Él ora en forma de siervo: allí como Creador, aquí como creado, tomando sin ser cambiado a la criatura que ha de ser cambiada, y haciéndonos consigo un solo hombre, Cabeza y Cuerpo. Luego oramos a Él, por Él y en Él; y hablamos con Él, y habla Él con nosotros (*in Ps 85,1*).

La oración del «Cristo total»

91. El Cristo total es Cabeza y Cuerpo, lo que no dudo que vosotros ya sabéis; la Cabeza es nuestro Salvador, que padeció debajo del poder de Poncio Pilato y que ahora, después de resucitar de entre los muertos está sentado a la diestra de Dios Padre; su Cuerpo es la Iglesia, no ésta o aquella, sino la difundida por el orbe; ni tampoco sólo la que ahora se halla en los hombres de esta vida, sino aquella a la cual pertenecen asimismo quienes vivieron antes que nosotros y los que después de nosotros vivirán hasta el fin del mundo. Esta Iglesia, que consta de todos los fieles, porque todos ellos son miembros de Cristo, tiene la Cabeza colocada en el cielo, la cual gobierna a su Cuerpo, el cual, aunque esté separado por la visión, está unido por la caridad.

Como el Cristo total es Cabeza y Cuerpo, por eso en todos los salmos, al oír la voz de la Cabeza, oigamos la del Cuerpo. Pues no quiso hablar

separadamente el que no quiso separarse, conforme lo atestigua: *Ved que estoy con vosotros hasta la consumación de los siglos* (Mt 28,20). Si está con nosotros, habla con nosotros, de nosotros y por nosotros; como también nosotros hablamos en Él, y por eso hablamos verdad, porque hablamos en Él. Si quisiéramos hablar en nosotros y de nosotros, seríamos mentirosos (*in Ps 56,1*).

92. Desde que el Cuerpo de Cristo gime en las angustias hasta el fin del mundo, en el cual dejarán de existir estas torturas, gime el hombre y clama a Dios; y cada uno de nosotros clama proporcionalmente en todo este Cuerpo. Tú clamaste en tus días, los cuales ya pasaron; te sucede otro y también clama en sus propios días; tú en los tuyos, éste en los suyos, y aquél en los de él. El Cuerpo de Cristo clama en todo tiempo, ya en los miembros que van pasando como en los que vienen sucediendo. Un solo hombre se extiende hasta el fin del mundo; pues claman los mismos miembros de Cristo: algunos ya descansan en Él; otros claman actualmente, y otros clamarán cuando nosotros hayamos muerto; y después de ellos seguirán otros clamando. Aquí atiende el salmista a la voz de todo el Cuerpo de Cristo que dice: *Clamé a ti todo el día* (Ps 85,3). Nuestra Cabeza, estando ya a la derecha del Padre, intercede por nosotros; recibe a unos miembros, a otros los castiga, a otros los purifica, a otros los consuela,

a otros los forma, a otros los llama, a otros los restituye, a otros los corrige y, por fin, a otros los restablece (*in Ps 85,5*).

93. Como se nos canta la misericordia y el juicio, obrando nosotros la misericordia, espere-mos el juicio. Somos Cuerpo de Cristo; cantemos estas cosas. Cristo canta esto; si únicamente canta la Cabeza, del Señor es este cántico, no nos perte-nece. Por el contrario, si canta el Cristo total, a saber, la Cabeza y el Cuerpo, sé de sus miembros, únete a Él y en Él te alegrarás, porque también Él sufre en ti; en ti siente hambre y sed y es atribula-do en ti. Él todavía muere en ti, y tú ya has resu-citado con Él... Contempla sus miembros. Ahora gimen por toda la tierra; más tarde se alegrarán al fin con la corona de justicia... Luego cantemos ahora en esperanza todos formando uno. Pues, revestidos de Cristo, somos Cristo con nuestra Cabeza... Por tanto, cantemos: *Misericordia y juicio te cantaré, ioh Señor!* (*Ps 100,1*) (*in Ps 100,3*).

Solidaridad de todos en la oración

94. Con frecuencia he advertido a vuestra ca-ridad que no había de tomarse la voz como si fuera la de un solo hombre que canta, sino la de todos los que se hallan en el Cuerpo de Cristo. Y

como en su Cuerpo están todos los hombres, por eso habla como un único hombre, pues el mismo uno es también muchos. Son muchos en sí mismos, pero son uno en Aquél que es único. Él es también templo de Dios, del cual dice el Apóstol: *El templo de Dios que sois vosotros* (1 Cor 3,27)... Este templo de Dios, este Cuerpo de Cristo, esta congregación de fieles, tiene una sola voz y canta como un solo hombre (*in Ps 130,1 y 3*).

95. Ora en el templo de Dios el que ora en la paz de la Iglea la unidad del Cuerpo de Cristo, puesto que el Cuerpo consta de innumerables fieles dispersos por todo el mundo (*in Ps 130,1*).

96. Por eso, cuando cada uno pronuncia sus palabras, como todos sois uno en Cristo, un hombre es el que habla... Debéis, pues, pensar que habla cada uno de vosotros, pero principalmente habla aquel uno que también se halla difundido por toda la tierra (*in Ps 122,1*).

97. Cada uno debe al fin reconocerse en el Cuerpo de Cristo que se queja, gime y ruega a Dios hallándose establecido entre los malos, pues su voz es como la de aquel pobre, es decir, de aquel indigente aún no saciado, que tiene hambre y sed de justicia, a quien se le reserva al término del peregrinaje cierta hartura prometida. Entre tanto, tenga sed y hambre, gima, llore y busque

ahora aquí en el mundo... Oigamos, pues, las voces del Cuerpo de Cristo (*in Ps 139,2*).

VI. LA ORACION Y LAS VIRTUDES TEOLOGALES

El espíritu del hombre, sus pensamientos e inquietudes son carga pesada que precisan de la fe, esperanza y caridad para elevarse por encima de los quehaceres terrenos en que se debaten dejados a sí mismos. También la vida de oración resulta muy difícil de llevar sin el impulso de tales fuerzas elevadoras. Dichas virtudes ponen al orante en actitud de referencia familiar con Dios, siendo la fe el principio que nos descubre la fuente inefable de la luz que brilla en medio de las tinieblas de nuestro peregrinaje. Por la fe empezamos a orar y cuando la fe se marchita la oración fenece. Porque ¿cómo invocar el nombre de Dios y hablar confiadamente con el Señor sin conocerle primero? A la fe, que dispone el alma para la oración, siguen la esperanza y la caridad. Cada una de las virtudes teologales alimenta y sostiene a su modo la oración del cristiano: la fe nos conduce a las realidades divinas, y la esperanza y la caridad despliegan al máximo los impulsos elevadores de quien se siente indigente y mendigo de Dios.

Las tres virtudes, factores que posibilitan y ayudan el proceso ascensional del alma, están íntimamente unidas a la oración, es decir, al deseo que nace de ellas (*ep* 130,9,18). Presupuesto del amor y del sentir esperanzado es la fe, porque nadie busca y ama lo desconocido. Y, al no poseer todavía su objeto en plenitud, el amor de Dios aquí abajo se traduce en esperanza y expectativa de futuro (*in Ioan* 86,3). Nuestra oración está, pues, articulada en actos de fe, esperanza y caridad, y, gracias a estas virtudes, puede el hombre conocer y experimentar, hablar familiarmente con Dios.

El deseo-oración que nace de las virtudes

98. ¿Por qué se angustia el corazón cristiano? Porque peregrina y anhela la patria. Si por esto se angustia tu corazón, aun cuando seas feliz en cuanto al siglo, gimes. Y si afluyen a ti todas las cosas prósperas y por todas partes te sonrío el mundo, con todo, gimes, porque te ves colocado en la peregrinación; y si percibes que tienes la felicidad a los ojos de los necios, mas no la que lo es según la promesa de Cristo, buscándola, gimes; y buscándola la deseas, y deseándola subes, y ascendiendo cantas... y, cantando el cántico gradual, dices: *Elevé mis ojos a ti, que habitas en el cielo* (Ps 122,1). Subiendo, ¿adónde debía elevar los ojos si no es donde se dirigía y deseaba subir?

De la tierra se sube al cielo... Queremos subir allí y no vemos escaleras. ¿Por ventura nos engañamos al cantar el cántico de ascensión o subida? Subimos al cielo si pensamos en Dios, que hizo la subida en el corazón. ¿Qué significa «subir en el corazón»? (*in Ps 122,2 y 3*).

99. ...Subir en el buen afecto, en la fe, la esperanza y la caridad; en el deseo perpetuo de la vida eterna (*in Ps 120,3*).

100. Al que le va bien en este mundo, mejor dicho, al que cree que le va bien y se goza en la alegría de la carne, en la abundancia de las cosas temporales y en la vana felicidad, ése tiene voz de cuervo. La voz del cuervo es clamorosa, no gemebunda. El que se da cuenta de la opresión de su mortalidad, y de que está alejado del Señor, y de que todavía no posee aquella eterna felicidad prometida sino en esperanza y luego en realidad, cuando el mismo Señor venga lleno de gloria, quien primero vino oculto por la humildad, el que se da cuenta de esto, gime. Y mientras sus gemidos sean por esto, son gemidos santos. El Espíritu Santo es quien le enseña a gemir así; de la paloma aprende ese gemido. Muchos son los que gimen por su infelicidad en la tierra...; pero éstos no gimen como la paloma, no gimen como hace gemir el amor de Dios, como hace gemir el Espíritu (*in Ioan 6,2*).

101. En la fe, esperanza y caridad oramos (gemimos) siempre con un continuo deseo (*ep* 130,9,18).

102. Hallándose el género humano oprimido por el gran mal del pecado y necesitado de la divina misericordia, el profeta Joel predijo el tiempo de la gracia de Dios con estas palabras: *Y será que todo aquél que invocare el nombre de Dios será salvo* (Jo 2,32); de aquí la necesidad de la oración. Por otra parte, habiendo recordado el Apóstol este testimonio profético para hacer más estimable la gracia misma, añadió a continuación: *Pero ¿cómo pueden invocar a aquél en quien no han creído?* (Rom 10,14); de aquí la necesidad del Símbolo. En estas dos cosas, Oración dominical y Símbolo, pues ver aquellas tres virtudes: la fe cree, la esperanza y la caridad oran; mas estas dos últimas no pueden existir sin la fe; de donde se sigue que la fe también ora (*Enchir* 7,2).

103. Para contemplar a Dios y para que podamos vivir con Él sin término, *el fin del precepto es la caridad del corazón puro, de la conciencia buena y de la fe no fingida* (1 Tim 1,5). Al numerar las tres propiedades, se coloca la esperanza en lugar de la conciencia buena. Por lo tanto, la fe, la esperanza y la caridad conducen a Dios al que ora, es decir, al que cree, espera y desea, y advier-

te en la oración dominical lo que ha de pedir al Señor (*ep* 130,13,24).

La fe, primer acto de la oración

104. La fe, que limpia los corazones de quienes han de ver a Dios, mientras vives en este mundo, cree lo que no ves, porque, si lo ves, ya no tienes fe. El creyente acumula méritos, el vidente recibe el premio. Vaya, pues, el Señor a prepararnos el lugar; vaya para que no le veamos; escóndase para que en Él creamos. Se prepara el lugar viviendo de la fe. Deseémosle por la fe para tenerle por el deseo, porque el deseo de amar es preparación de la mansión (*in Ioan* 68,3).

105. Si la fe flaquea, la oración-(deseo) perece. ¿Quién hay que ore sin creer? Por eso, el bienaventurado Apóstol, exhortando a orar, decía: *Cualquiera que invocare el nombre del Señor, será salvo*. Y para mostrar que la fe es la fuente de la oración y que no puede fluir el río cuando se seca el manantial del agua, añadió: *¿Cómo van a invocar a Aquél en quien no creyeron?* (Rom 10,13-14). Creamos, pues, para poder orar. Y para que no decaiga la fe mediante la cual oramos, oremos. De la fe fluye la oración; y la oración que fluye suplica firmeza para la misma fe. Para que la fe no decayese en medio de las tenta-

ciones, dijo el Señor: *Vigilad y orad para que no entréis en tentación* (Lc 22,46)... ¿Qué es entrar en tentación sino salirse de la fe? En tanto avanza la tentación en cuanto decae la fe (*serm 115,1,1*).

106. Tened fe; mas para tener fe, orad con fe. Pero no podeís orar con fe sin tener fe. Pues ninguna otra cosa ora sino la fe (*serm 168,5,5*).

107. Por lo tanto, no se alabe el hombre ni pregone el mismo mérito de su oración, aunque al que ora se dé una ayuda para vencer las apencias de las cosas temporales, para amar los bienes eternos y a Dios, fuente de todos los bienes. Ora la fe que se dio al que no ora, pues, si no hubiese sido dada, nadie hubiese orado (*ep 194,10*).

108. Aprenda el alma cristiana en las divinas y santas Escrituras a dirigir a ellas la vista de la fe como a una lámpara colocada en un tenebroso lugar hasta que avanza el día y el lucero brille en nuestros corazones. Como una fuente inefable de ese resplandor es aquella luz, que reluce en las tinieblas de tal modo que las tinieblas no la envuelven. Para verla hemos de limpiar nuestros corazones por *medio de la fe, pues bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios* (Mt 5,8), y sabemos que cuando apareciere seremos semejantes a Él, porque le veremos como

Él es 1 Ioan 3,2). Entonces habrá verdadera vida tras la muerte, y verdadero consuelo tras la desolación. Aquella vida eximirá a nuestra alma de la muerte, y aquel consuelo librará nuestros ojos de lágrimas. Y pues allí no habrá tentación alguna, sigue diciendo el Salmo: *Y libraré mis pies de la caída* (Ps 114,8). Pues si no hay ya tentación, tampoco habrá oración; porque no habrá allí esperanza del bien prometido, sino goce pleno del bien otorgado (*ep* 130,2,5).

La caridad despliega los mayores impulsos elevadores

109. El amor santo eleva a las alturas, e inflama en vistas a lo eterno, y excita el alma hacia las cosas que no pasan ni mueren. Como quiera que todo amor tiene su propio vigor, y no puede estar ocioso en el alma del amante, es necesario que arrastre. ¿Quieres saber de qué amor se trata? Ve a donde lleva... Pues, entregada el alma al amor terreno, tiene como liga en sus alas y no puede volar. Por el contrario, si está purificada de los efectos inmundos del siglo, vuela, como con alas extendidas, con las dos alas libres de todo impedimento; es decir, con los dos preceptos del amor de Dios y del prójimo. ¿Adónde se encamina subiendo y volando si no es hacia Dios, ya que sube amando? Pero antes de que pueda,

gime en la tierra, si ya existe en ella el deseo de volar (*in Ps 121,1*).

110. Quien reconoce que descuida la concordia, despierte y sacuda el torpor; quien desea ser exactor frente a su deudor, piense que él lo es de Dios; quien se avergüenza de pedir perdón al hermano, venza, mediante el santo temor, el perverso pudor, para que, extinguidas esas funestas enemistades, muertas ellas, viváis vosotros. Todo esto obra la caridad, que actúa sin maldad. En la medida en que tenéis caridad, hermanos míos, ejercitadla viviendo bien, y, en la medida en que os falte, cosneguidla con la oración (*serm 209,1*).

111. Tal es el don del Espíritu, por quien es derramada en nuestros corazones la caridad; no una caridad cualquiera, sino la caridad de Dios, que nace de un corazón puro, de una buena conciencia y de una fe no fingida, por la cual el justo, mientras vive en este lugar de peregrinación, es conducido también al conocimiento de Dios como a través de un espejo, y por enigmas, y por lo que es incompleto, hasta llegar a conocerle cara a cara, al modo que él mismo fue conocido. Porque solo una cosa pidió al Señor y ésta solicitará, el habitar en la casa del Señor todos los días de su vida para contemplar el gozo del Señor (*de spiritu et llit 28,49*).

112. Estemos seguros, hermanos; no nos fatigará la alabanza de Dios, el amor de Dios. Si flaqueas en el amor, flaqueas en la alabanza (*in Ps* 83,8).

VII. ACTITUD Y DISPOSICIONES INTERIORES: MODOS DE ORAR

Una de las características fundamentales de la oración, agustiniana es la interioridad, el grito y las voces del corazón. Sucede, sin embargo, muchas veces que la oración adolece de frialdad y tibieza, reflejando no el sincero afecto del alma, sino las inquietudes e intereses temporales que distraen la exigida atención. De ahí las reiteradas apelaciones con que San Agustín alude al recogimiento; a la urgencia de entrar dentro de uno mismo para encontrar en nosotros a Dios y dialogar con Él. Se requiere entonces que el creyente aleje de sí los vanos pensamientos y haga de su interior un lugar santo donde habite el Señor. Tal es el sentido del encargo evangélico de rezar con las puertas cerradas. Una oración que exige purificación de los deseos, gran concentración del espíritu y actitud humilde del orante. La interioridad agustiniana, además de recogimiento, ausencia de distracciones y pureza de corazón, implica también el sentirse necesitado de perdón y ayuda.

La misma oración vocal carece de sentido si la mente no acompaña a los sentimientos expresados por las palabras. Lo importante no son los largos discursos, sino el mantener una súplica duradera y ferviente en la atención. «Cuando alabéis a Dios con salmos e himnos –escribe San Agustín– sienta el corazón lo que dice la boca» (*Regula* 3,2). Las palabras, no obstante, nos aleccionan y permiten ver lo que pedimos. Así aparece en el *Padrenuestro*, la oración propia y perfecta de los hijos de Dios tanto por los sentimientos que inspira como por la plenitud de bienes que se formulan en sus peticiones. Todo cuanto interesa a la vida del creyente lo acumula Cristo a los ojos del deseo suplicante.

Clamores del corazón, interioridad y recogimiento del alma, purificación de los vanos pensamientos, actitud humilde, oración que atiende no a la brillantez del discurso sino al significado de las palabras hechas suspiros de peregrinación y expectativa de eternidad, conforman la figura del orante cristiano.

Quien oye está dentro de nosotros

113. ¿Acaso no te preocupa –preguntaba Agustín– el que el soberano Maestro, enseñando a orar a sus discípulos, se sirvió de ciertas palabras, con lo cual no parece que hizo otra cosa

que enseñarnos cómo se debía hablar en la oración?

Nada absolutamente –contesta Adeodato–; porque no les enseñó las palabras, sino su significado, con el que se persuadiesen a quién y qué habían de pedir cuando orasen en el interior del alma (*de Mag 1,2*).

114. Entra, pues, en ti mismo, y entonces, cuando siguiendo una dirección que te lleva a lo superior, estuvieres allí, no te pares. Antes de nada, retírate de las cosas de fuera, y luego entrégate al que te hizo, y te buscó cuando estabas perdido, y te halló cuando ibas en fuga, y te convirtió a sí cuando andabas apartado. Vuelve, pues, a ti mismo y dirígete hacia quien te hizo. Imita a aquel hijo menor, porque quizá eres tú mismo (*serm 330,3*).

115. Para que no le busquemos fuera de nosotros mismos, sino más bien para que merezcamos que Él se digne habitar en nosotros, *Dios hace habitar en casa a los solitarios* (Ps 67,7). Este es el lugar santo de Dios que buscan muchas veces los hombres con el fin de tener un lugar en el que orando sean oídos. Sean ellos mismos el lugar que buscan; y lo que dicen en sus corazones, es decir, en sus tales aposentos, les compunja, para que sean habitados por el Señor de la

gran casa y sean oídos dentro de sí mismos (*in Ps 67,7*).

116. No dudes en la oración. Quien oye, dentro de nosotros está. No dirigáis vuestra mirada a alguna montaña, no levantéis los ojos a las estrellas, ni al sol, ni a la luna. No pienses que te oye cuando oras mirando al mar; tened más bien horror a estas plegarias. Tú limpia solamente la cámara del corazón; dondequiera que estés y hagas oración, allí dentro de ti está quien te oye; allí dentro, en la parte más secreta... No está fuera de ti el que te oye. No te alejes ni te yergas para tocarle con las manos; más bien, si te yergues caerás. Si te humillas, Él mismo se te acercará. Este es el Señor Dios nuestro, Verbo de Dios, Verbo hecho carne, Hijo del Padre, Hijo de Dios, Hijo del hombre, excelso como Creador y humilde como Redentor y que andaba entre los hombres padeciendo las miserias humanas y escondiendo las grandezas divinas (*in Ioan 10,1*).

Orar con la voz del corazón

117. Nuestro aposento es nuestro corazón; allí se percibe el alboroto de la mala conciencia y allí descansamos cuando existe la buena. El que ama el recinto de su corazón, haga allí algo bueno. Este es el aposento en donde nos manda orar

nuestro Señor Jesucristo: *Entra en tu recámara y cierra la puerta. ¿Qué significa «cierra la puerta»? No esperes de Dios las cosas que se hallan fuera, sino las que están dentro: Y tu Padre, que ve en lo oculto, te retribuirá* (Mt 6,6). ¿Quién es aquel que no cierra la puerta? El que, para recibir las cosas que son buenas a los ojos del mundo, pide a Dios tales cosas como gran beneficio y en eso funda todas sus súplicas. Entonces está abierta la puerta; la turba ve cuando oras. ¿En qué consiste cerrar la puerta? En que pidas a Dios lo que sólo Dios sabe cómo te lo ha de dar (*in Ps 35,5*).

118. ¿Y qué son estos aposentos sino los mismos corazones, los cuales son también significados en el Salmo cuando dice: *En el retiro de vuestros aposentos compungíos de las cosas que andáis meditando en vuestros corazones* (Ps 4,6). *Y cerrada la puerta* –añadió el Señor– *ora en secreto a tu Padre* (Mt 6,6). Poco es entrar en los aposentos si la puerta está abierta a los importunos, por la cual puerta penetran descortésmente las cosas exteriores y solicitan nuestra devoción y recogimiento. Mas dijimos que lo exterior significa todos los objetos temporales y visibles, los cuales por la puerta, esto es, por el sentido carnal, penetran en nuestros pensamientos y con multitud de vanos fantasmas perturban nuestra oración. En consecuencia, ha de cerrarse la puerta, es decir, ha de resistirse al sentido carnal, para que la ora-

ción espiritual se dirija al Padre, la cual se hace en lo íntimo del corazón, donde en secreto se ora al Padre (*de sermo Dom in monte II,3,11*).

119. Muchos claman al Señor, no con su voz, sino con la de su cuerpo. Luego el hombre interior, en el cual comenzó a habitar Cristo por la fe, clame al Señor con la voz del afecto de su corazón, no con el ruido de sus labios. El hombre no oye en donde Dios oye; si no clamas con la voz producida por los pulmones, la boca y la lengua, no te oye el hombre; sin embargo, tu pensamiento es clamor para el Señor (*in Ps 141,2*).

120. *Con mi voz llamé al Señor* (Ps 3,5); es decir, no con la voz corporal, que se propaga con el estrépito del aire herido, sino con la voz del corazón, que no se oye por los hombres, pero que suena a clamor para Dios. Con esta voz fue oída Susana, y con la misma mandó el Señor que se orase sin ruido en aposentos cerrados, es decir, en los secretos del corazón. Sin razón dirá alguno que se ruega en menor escala con esta voz si no se produce sonido verbal, porque también estando callados, cuando oramos con el corazón, si se interponen pensamientos ajenos al afecto que ora, no puede decirse: *Mi voz clama a Dios*. Únicamente puede decirse esto con razón cuando el alma sola, sin dar acceso a nada carnal ni a cui-

dados humanos, habla el Señor donde Él solo oye (*in Ps 3,4*).

121. Este es el oír de Dios, oír no con oídos carnales, sino por la presencia de su majestad (*in Ps 5,2*).

122. Hablaba el justo mucho fuera, y contristado por ello desfalleció en su espíritu. Habló mucho en su corazón y en su espíritu, y escudriñando su mismo espíritu, se acordó de los días eternos, se acordó de la misericordia del Señor, porque no le rechazó el Señor para siempre; y comenzó ya a alegrarse seguro de sus obras, a regocijarse seguro. Oigamos ya estas obras de Dios y regocijémonos también nosotros; pero nos traspaemos también a nosotros con el afecto y no nos gocemos en lo temporal. También nosotros tenemos nuestro aposento. ¿Por qué no entramos en él? ¿Por qué no obramos en silencio? ¿Por qué no escudriñamos dentro nuestro espíritu? ¿Por qué no pensamos en los días eternos? ¿Por qué no alegramos en las obras de Dios? ... Habló (el justo) fuera cuando desfalleció; habló dentro, en su espíritu, y entonces adelantó en la virtud; y a medida que adelantaba en la virtud, ensalzaba las obras de Dios (*in Ps 76,13-14*).